

Edmund Wilson

Otra vuelta a Otra vuelta de tuerca*

Clásicos
de la crítica

Crítica
de los clásicos

Una discusión sobre la ambigüedad de Henry James puede iniciarse, de manera apropiada, con *Otra vuelta de tuerca*. Esta historia, que parece resultar la más fascinante para el público general de entre las obras de James con la excepción de *Daisy Miller*, aparentemente encierra otro misterio detrás del ostensible. Ignoro quién propuso inicialmente la teoría, aunque sé que la señorita Edna Kenton, cuyo conocimiento sobre James es bien profundo, ha sido una de sus principales representantes, y que el señor Charles Delmuth ha realizado una serie de ilustraciones basadas en ella.

Según esta interpretación, la joven institutriz que cuenta la historia es un caso neurótico de represión sexual, y los fantasmas no son verdaderos sino productos de sus alucinaciones.

Recorramos la historia desde el principio. Se inicia con una introducción. El hombre que presenta el manuscrito de la institutriz es el primero en decirnos quién es ella. Es la hija menor de un humilde cura de provincias que ha venido a Londres, respondió a un anuncio en la prensa y conoció a un hombre que buscaba una institutriz para su

sobrino y su sobrina huérfanos. "El prospecto de patrón resultó ser un caballero, un soltero en la flor de la juventud, una figura como nunca se había mostrado, excepto en un sueño o en una vieja novela, ante una muchacha ansiosa y confusa recién salida del vicariato de Hampshire". Se plantea claramente que la joven ha sido cegada por su patrón. El le resulta encantador y le otorga el trabajo con la condición de que jamás lo moleste con los asuntos de los niños, y ella va a la casa de campo donde ellos viven con una ama de llaves y algunos otros sirvientes.

Al llegar se entera de que el niño ha sido expulsado de la escuela por razones que ella no intenta averiguar pero que intuye, sin ningún tipo de evidencia para el lector, como algo de significación de algún modo siniestra; se entera de que la anterior institutriz se ha ido y que, después, murió en circunstancias que no se explican pero que se hacen aparecer como no menos ominosas. Se queda sola con el ama de llaves, iletrada, un alma buena y simple, y con los niños que parecen ser inocentes y encantadores. Luego se pasea por la mansión y piensa regularmente qué agradable sería dar la vuelta a una esquina y encontrarse con que el amo había llegado: sonriente, satisfecho, bien parecido.

Nunca volverá a ver a su patrón, pero lo que sí ve son las apariciones. Un día en que el rostro del patrón ha estado en su mente, ve la mansión desde afuera y nota la figura de un hombre en la torre, una figura que no es la del amo. Poco tiempo después la figura reaparece, al atardecer de un domingo lluvioso. Ahora lo ve más de cerca y más claramente: lleva buenas ropas pero no es un caballero. El ama de llaves, que se encuentra con ella casi de inmediato, se comporta como si la institutriz misma fuese un fantasma: "Me pregunté porqué estaría tan asustada", dice la institutriz. Ella le cuenta a la anciana lo de la aparición y descubre que su descripción se ajusta a la de uno de los valets que había vivido ahí y que acostumbraba ponerse la ropa del patrón. El valet era un tipo desagradable que "acostumbraba jugar con el niño... que lo echaba a perder"; lo habían encontrado sin vida después de haberse resbalado en el hielo al salir de un lupanar: es imposible decir que no fue asesinado. La institutriz cree que ha regresado a asechar a los niños.

Al poco tiempo, ella y la niña se hallan a la orilla del lago, la pequeña jugando, la institutriz tejiendo. Esta nota la presencia de una tercera persona en la ribera opuesta del lago. Pero antes mira a la niña quien, dando la espalda a esa dirección, como ella nota, "había recogido una pequeña pieza de madera que tenía en el centro de su superficie plana un agujero que evidentemente le había sugerido la idea de meter en él otro fragmento que la haría de mástil para convertir la cosa en un bote. Este segundo fragmento era insistentemente apretado





Edmund Wilson

en su sitio." Este hecho, de alguna manera, "anima" a la institutriz a levantar la vista: ve a una mujer "de negro, pálida y espantosa". Concluye que es la anterior institutriz. Su predecesora, le confiesa el ama de llaves, aunque era una dama, había tenido relaciones con el valet. El niño acostumbraba salir con él y luego lo negaba. La institutriz concluye que el niño ha de haber sabido del asunto entre el valet y la mujer —los niños han sido corrompidos por ellos.

Obsérvese que nunca hay evidencia de que nadie que no sea la institutriz ve a los fantasmas. Ella cree que los niños los ven también pero jamás hay prueba alguna de que así sea. El ama de llaves insiste en que ella no los ve; más bien parece ser la institutriz quien la asusta. Los niños, también, se ponen histéricos; y es evidente que eso pasa por la actitud de la institutriz. Nótese también, desde un punto de vista freudiano, la significación del interés de la institutriz en las piezas de madera de la niña y en el hecho de que la primera vez que aparece el fantasma masculino lo hace en una torre y el femenino en un lago. Parece haber una sola circuns-

tancia que no encaja en la hipótesis de que los fantasmas son alucinaciones de la institutriz: el hecho de que su descripción del primer fantasma se efectúa en una época en la que ella ignora que el valet pueda ser identificable por el ama de llaves. Pero si observamos esto con cuidado notamos que hasta eso ha sido dejado abierto a una doble interpretación. La institutriz jamás ha oído hablar del valet pero ya se le había sugerido, en una conversación con el ama de llaves, que había habido por ahí otro hombre "a quien le encantaban las jóvenes y las bonitas", y la idea de esta otra persona ha sido ambiguamente confundida con la del amo y con el interés del amo por ella, la actual institutriz. El amo nunca ha sido descrito; apenas se nos ha informado que era "guapo". Del fantasma, que se nos describe en detalle, sabemos que "tenía facciones buenas y regulares", y que usaba las ropas del patrón.

La institutriz continúa viendo a los fantasmas y la atmósfera cada vez es más y más histérica. Ella está convencida de que los niños se levantan en la noche para estar con ellos, aunque puedan ofrecer muy palusibles explicaciones de su comportamiento. Los niños están francamente molestos y empiezan a resentirse con la institutriz. El niño suplica que se le mande a otra escuela y amenaza con escribirle a su tío, y la niña, bajo la presión de la institutriz que la quiere hacer confesar que Miss Jessel, su antecesora, la está hechizando, sufre un colapso y exige que se le envíe a otra parte.

La institutriz se queda, pues, sola con el niño. Sigue una escena horripilante. "Seguimos en silencio mientras la criada estaba con nosotros —un silencio, se me ocurrió caprichosamente, como el de una joven pareja que, en su viaje de bodas, en el hotel, se sientan avergonzados ante el mesero." Cuando la criada se ha ido y ella lo presiona para que le cuente porque ha sido expulsado de la escuela, el niño parece, súbitamente, temeroso de ella. A fin de cuentas confiesa que "dijo cosas" a "algunos", a "los que le caían bien". Todo suena muy inofensivo: a la institutriz entonces le parece "para mi vergüenza, la contundente alarma de que quizá él era inocente. Eso fue en el instante, confuso y como algo sin fondo, porque si él *fuera* inocente, entonces, ¿qué podía ser yo?" El valet se aparece en la ventana —es "el pálido rostro de la condenación" (¿pero está la institutriz condenando a los espíritus o se está condenando a sí misma?) Ella está consciente de que el niño no ve al fantasma. "¡Basta, basta, basta!" le grita a la aparición. "¿Está ella *aquí*?" pregunta el niño arrebatado por el pánico (él recuerda que su hermana le contó el incidente de cuando la institutriz insistía que admitiera que había visto a Miss Jessel). No, dice ella, no es la mujer; "Pero está en la ventana, frente a nosotros. ¡Está allí!" "... ¿Es *él*?", dice luego, ¿A quién se refiere cuando dice "él"? "¡Peter Quint,



demonio! ' Su cara repartió, otra vez, por el cuarto, su súplica convulsiva. 'Dónde?' " "¿Qué importa él ahora, mi pequeño?" grita ella. "¿Qué importará él jamás ahora? Yo te tengo a ti, ¡pero él te ha perdido para siempre!" Entonces ella le demuestra que la figura se ha desvanecido: "¡There, there!" (*) dice ella, señalando a la ventana. El mira y da un grito; ella siente que el niño ha muerto en sus brazos. Desde su punto de vista, la desaparición del espíritu ha sido un golpe demasiado tremendo para él y nota que "su pequeño corazón, apenas despo-seído, se había detenido"; pero si estudiamos el diálogo desde el otro punto de vista, notamos que él debe haber considerado el "¡There, there!" que pronunció ella como una respuesta a su propio parlamento "¿Dónde?" Finalmente lo hizo creer ya que ha visto algo, o que está a punto de ver algo. El lanza "el grito de una creatura arrojada a un abismo". La institutriz, materialmente, lo ha matado de miedo.

Cuando se le da a uno esta pista por *Otra vuelta de tuerca*, se pregunta cómo no pudo notarla desde el principio. Hay una muy buena razón en el hecho



* Esta expresión significa, textualmente "Ahí, ahí", pero es una voz que significa, también "Ya, ya..." y que se emplea para tranquilizar a alguien cuando está asustado, algo como "ya pasó, todo está bien ahora". Aclaro esto porque evidentemente Wilson piensa que James jugó con esta ambigüedad en el diálogo. (N. del T.)

de que en ninguna parte James ofrece la clave inequívocamente: todo, desde el principio hasta el fin, puede tomarse en cualquiera de los dos senti-dos. En el prefacio, sin embargo, James pareciera dispuesto a pronunciar su juicio. El autor asegura ahí que *Otra vuelta de tuerca* es "un simple y puro cuento de hadas", pero agrega que las apariciones son del orden de aquellas relacionadas con casos de brujería más que con aquellas pertenecientes a los casos psíquicos. Y continúa hablando de su respuesta a uno de sus lectores que se quejaba de que James no había caracterizado lo suficiente a la institutriz. A esta crítica él responde: "El corazón artístico, el corazón irónico de uno se sacude ante ese reclamo casi hasta romperse"; y agrega: "Era algo *déjà très-joli*... tiene que creerse, la proposición general de que nuestra joven institutriz mantuviera cristalino su record de tantas anomalías y oscuridades —con lo que, por supuesto, *no me refiero a la explicación que ella misma hace de ellas, lo que es un asunto muy aparte*... Ella tiene autoridad, que ya es bastante haberle otorgado" Las cursivas son mías: estas palabras parecen imposibles de explicar excepto en la hipótesis que he sugerido. Y debe notarse, también que en las *Obras Completas* James no ha incluido *Otra vuelta de tuerca* en el volumen que dedicó a las historias de fantasmas, sino en otro volumen, entre *Los papeles de Aspern* y *El mentiroso*, siendo ésta última la historia de un mentiroso patológico cuya esposa protege a sus mentiras del mundo, comportándose, al hacerlo, con la misma clase de "autoritarismo" engañoso que tiene la institutriz de *Otra vuelta de tuerca*. Cuando releemos la historia a la luz de estas pistas, podemos concebir que todo el asunto ha sido, primaria y completamente, una caracterización de la institutriz: sus visiones y la manera en que se comporta con respecto a ellas se convierten, tan pronto como las observamos desde el lado opuesto, en un cuadro sólido e inconfundible, de la hija del humilde cura protestante de provincia, con su conciencia inglesa clase-media, su incapacidad de admitir para sí misma sus impulsos sexuales y su implacable "autoridad" inglesa que le permite imponer a sus inferiores propósitos que, incluso, son totalmente equívocos y que en nada colaboran a los intereses de otras personas.

Otra vuelta de tuerca, entonces, dentro de esta teoría, sería una obra maestra —no como un cuento de fantasmas, ya que hay muchas mejores que ella— de estudio de psicología mórbida. Es a este valor psicológico de los fantasmas, creo, al que la novela debe su fascinación: pertenece, con *Moby Dick* y las *Alicias*, a un pequeño grupo de cuentos de hadas cuyos símbolos ejercen un poder muy peculiar por la razón de que el hecho que tienen detrás de ellos, estén o no conscientes sus autores, se ha apoderado con gran profundidad de una serie de procesos subconscientes.